

Lenguaje y poder

Ivan de la Torre

PARA ANALIZAR LA RELACIÓN entre lengua y poder se pueden ver varios ejemplos, pero el mejor es la respuesta de Roberto Arlt: “*El señor Monner Sans, en una entrevista concedida a un repórter de El Mercurio, de Chile, nos alacranea de la siguiente forma. “En mi patria se nota una curiosa evolución. Allí, hoy nadie defiende a la Academia ni a su gramática. El idioma, en la Argentina, atraviesa por momentos críticos... La moda del ‘gauchesco’ pasó; pero ahora se cierne otra amenaza, está en formación el ‘lunfardo’, léxico de origen espurio, que se ha introducido en muchas capas sociales pero que sólo ha encontrado cultivadores en los barrios excéntricos de la capital argentina. Felizmente, se realiza una eficaz obra depuradora, en la que se hallan empeñados altos valores intelectuales argentinos’. ¿Quiere usted dejarse de macanear? ¿Cómo son ustedes los gramáticos! Cuando yo he llegado al final de su reportaje, es decir, a esa frasecita: “Felizmente se realiza una obra depuradora en la que se hallan empeñados altos valores intelectuales argentinos”, me he echado a reír de buenísima gana, porque me acordé que a esos “valores” ni la familia los lee, tan aburridores son.*”

Arlt se ríe en la entrevista de los académicos, los saca de lugar y esa es la marca más obvia de su respuesta; fuera de lugar entonces, así responde Arlt. Se salta las normas de cortesía que definen las disputas intelectuales de la época para burlarse despiadadamente desde afuera, como el que no participa del juego. Porque Arlt lee en todas las señales de seriedad que envían los intelectuales de la época, esas señales que los definen precisamente como intelectuales frente a la sociedad y los medios, una parodia, algo grotesco: “*No me haga reír, ¿quiere? Esos valores, a los que usted se refiere; insisto: no los lee ni la familia. Son señores de cuello palomita,*

voz gruesa, que esgrimen la gramática como un bastón, y su erudición como un escudo contra las bellezas que adornan la tierra. Señores que escriben libros de texto, que los alumnos se apresuran a olvidar en cuanto dejaron las aulas, en las que se les obliga a expresarse los sesos estudiando la diferencia que hay entre un tiempo perfecto y otro pluscuamperfecto. Estos caballeros forman una colección pavorosa de “engrupidos” —¿me permite la palabreja?— que cuando se dejan retratar, para aparecer en un diario, tienen el buen cuidado de colocarse al lado de una pila de libros, para que se compruebe de visu que los libros que escribieron suman una altura mayor de la que miden sus cuerpos”

Arlt da vueltas por el argumento hasta mostrar todas las costuras ocultas de esos prohombres que se proponen pomposamente “salvar el idioma”, descontaminarlo, purgar todas las palabras y giros que no se adapten a lo que predicen: un idioma de diccionario cuya clave, precisamente, la tienen ellos. Frente a la propuesta oficial que quiere marginar al inmigrante o ridiculizarlo diciendo que los que habla no es una lengua sino una mezcla, el resultado de una combinación inestable que no se sostiene a sí misma y que denigra al argentino, Arlt saca otras conclusiones: él lee precisamente ahí, en esa mezcla, el futuro: una cruce de la que saldrá algo nuevo y mejorado, la muestra más palpable de la dinámica cambiante de la sociedad argentina donde el que no cambia se muere: “*Con los pueblos y el idioma, señor Monner Sans, ocurre lo mismo. Los pueblos bestias se perpetúan en su idioma, como que, no teniendo ideas nuevas que expresar, no necesitan palabras nuevas o giros extraños; pero, en cambio, los pueblos que, como el nuestro, están en una continua evolución, sacan palabras de todos los ángulos,*

palabras que indignan a los profesores, como lo indigna a un profesor de boxeo europeo el hecho inconcebible de que un muchacho que boxea mal le rompa el alma a un alumno suyo que, técnicamente, es un perfecto pugilista. Eso sí; a mí me parece lógico que ustedes protesten. Tienen derecho a ello, ya que nadie les lleva el apunte, ya que ustedes tienen el tan poco discernimiento pedagógico de no darse cuenta de que, en el país donde viven, no pueden obligarnos a decir o escribir: “llevó a su boca un emparedado de jamón”, en vez de decir: “se comió un sándwich”. Yo me jugaría la cabeza que usted, en su vida cotidiana, no dice: “llevó a su boca un emparedado de jamón”, sino que, como todos diría: “se comió un sándwich”. De más está decir que todos sabemos que un sándwich se come con la boca, a menos que el autor de la frase haya descubierto que también se come con las orejas.”

Arlt dice, además, que el lenguaje se contamina de todo, no solo de inmigrantes —que es una de las acusaciones principales de la época, el que viene de afuera y no solo destruye y ensucia la ciudad, sino que la contamina simplemente hablando—, sino también del poder, el propio lenguaje depende del poder y establece sus relaciones desde ahí: *“Un pueblo impone su arte, su industria, su comercio y su idioma por prepotencia. Nada más. Usted ve lo que pasa con Estados Unidos. Nos mandan sus artículos con leyendas en inglés, y muchos términos ingleses nos son familiares. En el Brasil, muchos términos argentinos (lunfardos) son populares. ¿Por qué? Por prepotencia. Por superioridad”.*

Por eso él es uno de los primeros en defender un idioma hecho de restos, de traducciones, de voces de la calle que traspasa a su literatura en estado puro: Arlt escribe sin “traducción”, sin limpieza, no convierte lo que escribe al idioma neutro y lavado que esperan los críticos de la época; en sus novelas y cuentos conviven restos de sus lecturas con lo que oye a diario, palabras como “jamelgo” con el famoso “raja, turruto, raja”. El lunfardo y las malas traducciones españolas forman parte de lo que Arlt escribe frente a la inquietud de los escritores canónicos que quieren, precisamente, borrar, hacer desaparecer esas diferencias: crear un idioma limpio de contaminaciones, pero, más importante, quedarse con la llave de lo que se dice e imponer las reglas sobre el como decirlo. Ese es el mecanismo que viene a desmontar Arlt.

De eso se burla Arlt: de ese control que Lugones y sus seguidores quieren implantar. Lugones escribe con todo el diccionario —dirá Borges— y ese efecto es ejemplo y norma: escribir bien era escribir como Lugones, dirá Borges también. Ese es el objetivo de Lugones, canonizarse y canonizar con él una forma de escribir que sirva como santo y seña

para un grupo de entendidos a través de las cuales se sepa quien escribe bien y quien no. Pero para entender el movimiento de Lugones entonces, hay que ver el lugar desde donde lo hace y el año: es a fines de 1890, cuando la etapa liberal iniciada por Roca empieza a sentirse acosada por la inmigración y Miguel Cané escribe sobre hacer un círculo y velar sobre él. Cuando “todo el mundo” ya no es todo el mundo. La literatura se desplaza entonces, de la literatura dandy de Cané y Mansilla con sus destinatarios específicos, tanto en las dedicatorias como en el contenido, a una literatura con un mercado nuevo, formado, en parte, por inmigrantes, cuyos hijos y nietos formaran, en el futuro, esa intelectualidad.

El grupo de escritores que desconfía de la inmigración con Cané a la cabeza, —recordemos, hacer un círculo y velar sobre él—, exterioriza los temores de la oligarquía desde adentro, porque pertenece a ella; y agita los miedos que cuarenta años después usaran otros para justificar su represión. ¿Cuál es el principal temor de esos hombres y mujeres? El del hombre sucio y violento que se esconde en la ciudad y quiere contaminar la pureza de las casas nobles estereotipada en sus mujeres: Cané lo dice claramente. Defender la honra de nuestras casas. El discurso está punteado por advertencias de este tipo: contra el inmigrante y contra el advenedizo, contra ellos ataca Cané, todos los que no son, ni nunca podrán ser, de las familias originales, de los criollos viejos que formaron el país. Cané articula como escritor el discurso silencioso que recorre las casas de la oligarquía ganadera y le impone un límite político escribiendo la ley de residencia en 1902.

Pero Cané escribe desde adentro, desde un lugar que conoce y al que pertenece: es un gentleman del 80; Lugones escribe desde afuera, cuando el escritor ya ha sido expulsado y forma un grupo aparte, tanto de las familias como de los grupos de poder: si la generación de Cane escribe identificando al interlocutor, escribe también viendo a su público cara a cara e imaginando sus reacciones; Lugones y su generación están separados de esa comodidad, no pertenecen a la oligarquía ni tienen entrada a sus casas, menos a sus clubes privados donde se discute, entre hombres, el futuro del país: son jóvenes de provincia que escriben identificándose con los objetivos de los terratenientes sin formar parte de ellos. Les sirven como instrumentos de lujos, no como participantes y menos como iguales. Como mayordomos de estancias si se quiere.

Lugones es el que en 1910, cuando hay que redefinir el proyecto para Argentina en el primer centenario, elige,



Calle sobre mapa, acuarela sobre papel de algodón, 70 x 65 cm, 2008

junto con Ricardo Rojas, el Martín Fierro como emblema nacional frente a lo extranjero, a las “plebes ultramarinas” que vienen a “tomar” la ciudad, a destruirla, a volverla un lugar desconocido precisamente al llenarla de “caras nuevas” destruyendo todo concepto de intimidad; para Lugones el Martín Fierro será a la vez símbolo e inspiración frente a esa marea que está llegando. Lugones ya es el escritor canónico, el poeta nacional que impone sus preferidos y define el buen uso del lenguaje y en esa imagen que le dan públicamente los otros –el intelectual como arbitro del buen gusto–, establece la diferencia entre el nacional y el extranjero en su *Biografía de Sarmiento* (1911) usando un símil: “*Así es una verdad histórica que los poemas homéricos formaron el núcleo de la nacionalidad helénica. Saber decirlos bien era el rasgo característico del griego. Bárbaro significa reversado, tartamudo, nuestro gringo*”. Así define su proyecto finalmente: muy claro, muy simple, y

suficientemente efectivo para justificar las medidas que van a tomarse –o ya se tomaron– contra el extranjero: no sólo el criollo es superior a cualquier inmigrante –sólo por ser argentino, dirá Lugones, soy mejor que cualquier extranjero–, sino también su lengua, es superior: en la mezcla, en el cocoliche, en ese cotilleo urbano que no escucha realmente en las calles, Lugones ve una metáfora explícita de lo que le espera al país y que ya había anticipado Cané: la desintegración de la pureza, primero encarnada en sus mujeres, luego en el lenguaje; y establece que según se hable se sabrá quien es amigo y quien enemigo, tan simple como eso.

La política de Lugones continúa vigente dieciocho años después, cuando Arlt la enfrenta y la descalabre públicamente en su *Aguafuerte*: las descripciones que va mechando son una parodia de los movimientos de Lugones y sus seguidores, de su seriedad de estatua, de sus libros, de todo

lo que en Argentina, todavía, representa ser un intelectual correcto, o más que correcto, pulcro, sin movimientos excesivos ni ademanes hoscos; Arlt se burla de todo eso porque está parado en otro lado y su narrativa recoge precisamente todas esas voces que Lugones quiere acallar para servir el poder: si Lugones es una continuación degradada de Cané, –degradada porque escribe para el poder, pero no desde el poder–; Arlt es su contraparte: se ríe de los mecanismos de consagración en Argentina, y sus burlas son justamente lo que molesta; para entenderlo hay que conocer los mecanismos de consagración de la época: si la generación del 80 se desplaza de los puestos políticos importantes –mientras Mitre y Sarmiento, son escritores y presidentes, la generación de Mansilla y Cané que llegan, apenas, a embajadores, los márgenes, puestos rentados pero incómodos por lo alejados del verdadero poder–. La generación del 90, la generación de Lugones, viene de la provincia a ocupar puestos de empleados públicos o a convertirse en redactores de *La Nación*. Ser un hombre de *La Nación* es lo que buscan los intelectuales del 90 porque asegura no sólo un ingreso fijo –del que vivirán, en ambas puntas de su ideología Rubén Darío y Martí– sino el prestigio y la habilitación pública como escritor. Para esa generación –Lugones, Rojas, Galvez–, su condición de escritores es condicionada por lo que dicen y adonde lo dicen: la generación anterior había mantenido sus puestos políticos sabiendo que podían prescindir de ellos, lo hacían, casi, como un servicio a la patria porque tenían rentas más que suficientes para mantenerse. Por eso eran escritores-*gentleman*, con un público fijo de amigos; escritores que sabían para quiénes escribían y en qué oídos caían sus confesiones, de ahí que los diarios de viajes y las *causeries* abundan: es el “entre-nos”; se escribe para una minoría, un público pequeño pero influyente, “la gente que sabe” como la llama Mansilla. Para Lugones y su generación, al no tener una renta y depender de la buena voluntad del gobierno o *La Nación* sus movimientos se ven condicionados, lo quieran o no, por lo que dicen: Manuel Gálvez debe esperar para permitir una reimpresión de su novela *Nacha Regules*. ¿Por qué? Porque pueden suspenderme dice en sus *Memorias*. En la otra punta, cuando sale *Vida de Muertos*, una parodia de gran parte de los héroes del país, Manzi le dice al autor: atacaste a todos los próceres menos al que tiene un diario por guardaespaldas. Así hay que leer entonces la toma de posición de Lugones: apartando su odio a lo extranjero, las razones monetarias están presentes en lo que se escribe. Para elegir un enemigo, siempre es mejor tomar al más indefenso, al que está más al descubierto y ponerse del lado del poder.

Consagrado como escritor por antonomasia del centenario, Lugones no sólo se encarga de atacar la reforma laboral, el voto libre y la igualdad de la mujer, sino que encuentra justificaciones para los que tienen el poder en 1910: sus conferencias de El Odeón (1913) a donde van, no sólo el presidente y sus ministros sino la gente que importa, ofrecen la justificación de ese poder: el poder en manos de unos pocos elegidos y el Martín Fierro como emblema de lo nacional. Ahí cierra su círculo. En esa crisis del centenario, donde la generación liberal siente que fracasó, es que Lugones establece no sólo el gaucho como emblema nacional, sino una justificación del lenguaje como arma: se habla así, dice, es la única manera; y de esta forma limita los ataques de los contrarios porque si lo que dicen no es correcto, todas las respuestas son imposibles por ininteligibles o poco formales. Lugones rompe los puentes de comunicación, quiere dejarlos mudos y en su definición se puede leer ese rastro semioculto. Por eso, en las huelgas obreras de la Patagonia, cuando se muestran los pedidos de los peones, muchos diarios van a reírse de esos “extranjeros que ni siquiera hablan bien el castellano”; y esa burla retoma la línea Lugones. Sus propuestas, dice Lugones, son ridículas, porque no usan “correctamente el idioma”, por eso son extranjeros, son bárbaros, no hay que tratarlos como humanos, se les puede expulsar como ganado. Yo –recordemos–, como argentino, soy mejor que cualquier extranjero, dice. Ese es el pensamiento de Lugones: la idea de una elite que guiara al resto, la superioridad de un hombre nacido para mandar, su conciencia de que el gaucho tenía que desaparecer porque su “mezcla de sangres” lo hacía débil; son todos movimientos que terminan unidos en su limpieza del idioma. Bárbaros son, entonces, los que vienen a la Argentina sin dominar el idioma; al decir que si no se expresan correctamente son salvajes, la censura funciona, el escritor canónico por antonomasia define quiénes son los interlocutores válidos y silencia al resto por censura. Es contra ese efecto retardado que Arlt se burla, contra ese uso regresivo y represivo del idioma que busca un pasado perfecto e imposible. “*Señor Monner Sans: –cierra Arlt– Si le hiciéramos caso a la gramática, tendrían que haberla respetado nuestros tatarabuelos, y en progresión retrogresiva, llegaríamos a la conclusión que, de haber respetado al idioma aquellos antepasados, nosotros, hombres de la radio y la ametralladora, hablaríamos todavía el idioma de las cavernas. Su modesto servidor*”.

IVÁN DE LA TORRE. Escritor y crítico literario argentino. Correo electrónico: helliconiaa@yahoo.com.ar